

Universidad. Establece Fortuño la duplicidad de la figura orteguiana, pensador y comunicador, filósofo y pedagogo, siempre elocuente e intelígerible, “de pensamiento claro pero denso en la expresión” e inclinado al tópico *ars bene dicendi*, “en la doble función de embellecer y de conmover”, rasgos identificadores de una prosa “de quien supo equilibrar la elegancia con la sustancia del contenido intelectual”. En este sentido, Fortuño explica profusamente la claridad de su estilo literario, modo inteligente de concretar el concepto abstracto mediante un gran abanico de recursos expresivos, como defendía Ortega y Gasset en la línea de Du Marsais: “la claridad es la cortesía del filósofo”.

Concluye Fortuño con un pertinente “Final” a su estudio en relación a la vigencia de *Misión de la Universidad*. Aunque mucho ha cambiado la institución desde 1930, en la época de crisis actual la misión de la Universidad se nos presenta, expone el editor de esta obra, imprecisa y fluctuante. Por tal coyuntura,

urge determinar su lugar asignado a la educación y constituye un reto evaluar los objetivos alcanzados y detallar su momento presente para organizar un ideario futuro a la altura de nuestro tiempo. Cabe preguntarse en qué situación se halla la Universidad, según el proyecto de Ortega y Gasset, para integrar la transmisión de la cultura, la formación de profesionales, la síntesis de las enseñanzas y la justa medida en que se complementan la docencia y la investigación. Corresponde, asimismo, corroborar el compromiso de la institución universitaria para restablecer su trascendencia en la sociedad, dado su distanciamiento ante una época de febril incidencia de los medios de comunicación en la realidad inmediata.

Quizá en algunas cuestiones fundamentales, la Universidad necesite de nuevo del aliento esperanzador con que Ortega vaticinó el amanecer de su tiempo, con aquel verso matinal del poema del Cid: “Apriesa cantan los gallos o quieren quebrar albores”.

ORTEGA Y LA MIRADA BURGUESA

MUÑOZ, Jacobo: *El ocaso de la mirada burguesa*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2015, 152 p.

JAIME DE SALAS
ORCID: 0000-0002-7116-4091

D e las formas de mantener viva la obra de Ortega, la que más valoro, la que creo que es el tema de futuros orteguianos, es la de quienes trabajando en contextos académicos distintos, tratan de pensar

con Ortega, los grandes temas de la filosofía y de la sociedad de nuestro tiempo. A lo largo de toda su trayectoria Ortega estuvo atento a lo que ocurría en el mundo de la filosofía académica. Leyó y releió a los clásicos pero también entendió que algunos de sus contemporáneos eran puntos de referencia y por ello tenemos en sus páginas una recepción de la filosofía del momento que debe servirnos de ejemplo. No se debe perder ese aspecto de la obra de Ortega indepen-

dientemente de que se preste a trabajos más directos de aclaración de su pensamiento o que admita aplicaciones de manera directa a la realidad de cada cual. También para quienes se interesen por el autor de *Meditaciones del Quijote* se trata no sólo de profundizar en su pensamiento aunque ello sea imprescindible, sino de algo más importante, que es el pensar con él, y también con otros, en este caso Nietzsche y Adorno, los problemas actuales a los que nuestro tiempo debe hacer frente. Jacobo Muñoz sería excepcional en su generación académica por haber incorporado a Ortega a los autores que ha trabajado encontrándole un sitio junto con otros, por ejemplo Adorno y Nietzsche, a la hora de tratar los problemas vigentes para la filosofía académica.

El argumento de la obra consiste en mostrarnos la limitación del arte y de la vida que ésta refleja: Hölderlin, Leopardi, Musil, Gide, Kafka, Von Hofmannstahl y Samuel Beckett que representan formas de alienación consciente ante la realidad. Fundamentalmente se trata de la gran novela del siglo XIX. Al aproximarse uno al *Ocaso de la mirada burguesa* se encuentra un contexto conceptual que claramente es de Adorno con otros pensadores de la Escuela de Frankfurt, pero la atención prestada a Ortega merece un comentario.

En primer lugar, el reconocimiento de un classicismo en las dos primeras partes de las *Meditaciones del Quijote* constituye una aportación convincente a la muy extensa bibliografía existente. Este momento clásico es atribuido por Muñoz al conocimiento de la obra de Goethe. ¿Qué habría que entender por

clásico en este contexto? Fundamentalmente, para utilizar el vocabulario del propio Ortega, el propósito de salvación de la realidad mostrando que su envergadura es compatible con la acción del sujeto, de forma que ésta se puede justificar como una mejora de la misma. Recordemos que *Meditaciones* se publica en el mismo año que *Vieja y nueva política* en un momento de esperanza de un grupo de intelectuales en lo que respecta a la coyuntura española.

En segundo lugar, Jacobo Muñoz comenta la crítica de Ortega a la figura de Goethe de "Pidiendo un Goethe desde dentro". Con razón la asocia con las nociones de vocación y de proyecto pero ciertamente no podría hablar de un esencialismo en este contexto. Tanto el proyecto vital como la vocación son el producto del encuentro del sujeto con su circunstancia. Por ello son contingentes e incluso abiertos a cambiar en función de las circunstancias. Siendo la vocación una norma ética para el individuo, e incluso la norma última dentro del escenario social de una sociedad moderna, no se puede elevar al rango de una "esencia" aunque ocupe el lugar que la naturaleza ha tenido en el pensamiento clásico. En este sentido "yo soy yo y mi circunstancia" evita que se identifique a Ortega con Sartre.

A este análisis se puede añadir el siguiente comentario: un año después de publicar "Pidiendo un Goethe desde dentro", Ortega dio el curso *En torno a Galileo* donde figuraba la noción de creencia como supuesto último de la representación de la realidad. La vocación puede interpretarse como una forma de creencia que se genera en el contexto

de la perspectiva individual, atendiendo no sólo a la cultura sino también a la idiosincrasia de cada agente. Esta observación es importante porque permite atender al concepto de "oficio". El intelectual asumiría por vocación un determinado oficio que a su vez remite a una determinada sociedad ya constituida.

En este contexto, tanto Goethe como Mann son palpablemente autores que se caracterizan por entender explícitamente su oficio de manera semejante, independientemente de cómo se puede entender el significado de sus obras. Incluso el segundo se considera heredero del primero. A los dos se les puede aplicar la categoría de burgueses teniendo en cuenta sobre todo la apología que Mann hace en *Reflexiones de un apolítico* de esta categoría. En cambio, en el caso de Ortega, el contexto en el que escribe "Pidiendo un Goethe desde dentro" era completamente diferente. Se trataba de la instauración de un nuevo orden político.

Finalmente, *El ocaso de la mirada burguesa* implícitamente plantea el tema del sujeto. La virtualidad y relevancia de la novela como género se encuentra en su capacidad de mostrar a los personajes en su realidad cotidiana. Por ello, uno debe preguntarse por el futuro de la novela en un mundo donde la burguesía se ha convertido en clase media. Es muy posible que las condiciones objetivas de la vida social y de la constitución de la identidad personal hayan cambiado hasta el punto de que la novela como forma pier-

da su vigencia. Efectivamente los personajes poseen su perspectiva, donde poseer no significa sólo ni principalmente las posesiones que el derecho civil protege, sino sobre todo el capital social, las personas y las relaciones que establecen entre ellas y la conciencia de tener una identidad narrativa.

La sociedad moderna no sólo comporta, como reconoció en su momento Hegel, una fragmentación de la identidad, sino ha dado por la comunicación por ordenador en los últimos tiempos una pérdida de sentido del marco en el que uno se produce. Difícilmente podemos caracterizar nuestro mundo como encuadrado entre los altos del Guadarrama y el Campo de Ontígola. Por otra parte, la constitución de la perspectiva se ha beneficiado de un periodo de sedimentación de experiencias, de ensimismamiento, que no se daría hoy cuando se ha llegado a la comunicación en tiempo real con interlocutores en cualquier lado del mundo. El personaje típico de una novela que cuenta con unos hábitos, un contexto social, y unos interlocutores con los que ha tratado desde hace años tiende a ser sustituido por un hombre permanentemente en estado de alteración.

En este contexto, el proyecto de salvación de la propia realidad y de comprensión de la historia de la que ésta emana, que caracteriza la obra de Ortega, pierde pie frente a formas menos elaboradas de constitución de la identidad.